

ARTEMIS FOWL

ENCUENTRO EN EL ÁRTICO



EOIN COLFER

¿Todavía sigues ahí? A estas alturas, ya sabes que no soy una persona —por favor, lo de niño dejémoslo para los adultos ignorantes— normal. Después de conseguir el oro que necesitaba, tenía otra prioridad: rescatar a mi padre, secuestrado en algún lugar del frío Antártico. No fue fácil, pero pude chantajear al mundo subterráneo para que me ayudaran porque, como decimos los humanos, «En todas partes cuecen habas» y ellos no lo están pasando demasiado bien: así que hicimos un pacto de caballeros...

Para Betty

Artemis Fowl

Evaluación psicológica Fragmento extraído de La adolescencia

A LA EDAD de trece años, nuestro sujeto, Artemis Fowl, ya mostraba indicios de poseer una inteligencia muy superior a la de cualquier otro ser humano desde Wolfgang Amadeus Mozart. Artemis había vencido al campeón europeo de ajedrez Evan Kashoggi en un torneo virtual por Internet, había patentado más de veintisiete inventos y ganado el concurso de arquitectura para diseñar la nueva sede de la ópera de Dublín. También había creado un programa informático que desviaba millones de dólares de diversas cuentas suizas a la suya propia, falsificado más de una docena de cuadros impresionistas y birlado a las Criaturas Mágicas una cantidad de oro considerable.

La pregunta es «por qué»; ¿qué impulsó a Artemis Fowl a involucrarse en el mundo de la delincuencia y el crimen organizado? La respuesta se halla en la figura de su padre.

Artemis Fowl padre era el cabecilla de un imperio criminal que se extendía desde los muelles de Dublín hasta los callejones de los arrabales de Tokio, pero albergaba la ambición de llegar a establecerse algún día como un honrado

hombre de negocios. Compró un carguero, lo llenó con doscientas cincuenta mil latas de Coca-Cola y zarpó rumbo a Murmansk, al norte de Rusia, donde había cerrado un trato que iba a proporcionarle beneficios a lo largo de varias décadas.

Por desgracia, la mafiya rusa decidió que no quería que ningún pez gordo irlandés se llevase a su casa una tajada de su negocio, así que hundió el Fowl Star en la bahía de Kola. Se declaró a Artemis Fowl I desaparecido, dado por muerto.

Artemis hijo era ahora el cabecilla de un imperio con fondos financieros limitados. Con el fin de restablecer la fortuna familiar, emprendió una carrera criminal que le procuraría más de quince millones de libras en dos años escasos.

El grueso de esta inmensa fortuna se empleó básicamente para financiar varias expediciones de rescate a Rusia. Artemis se negaba a creer que su padre estuviese muerto, a pesar de que a medida que iban pasando los días esta posibilidad se hacía cada vez más probable.

Artemis evitaba a todos los demás chicos de su edad y le molestaba enormemente tener que ir al colegio, pues sin duda prefería dedicar el tiempo a urdir su próxima aventura delictiva.

Así, a pesar de que su participación en la sulevación de los goblins a sus trece años iba a resultar traumática, aterradora y peligrosa, seguramente fue lo mejor que le podía haber ocurrido en la vida. De este modo, al menos pasó algún tiempo al aire libre y conoció a gente nueva.

Es una pena que la mayor parte de esa gente quisiera verle muerto.

Informe elaborado por el doctor J. Argon, experto en Psicología, para los archivos de la Academia de la PES.

Prólogo

MURMANSK, NORTE DE RUSIA, HACE DOS AÑOS

LOS DOS rusos estaban tiritando junto a un barril en llamas, en un vano intento de protegerse del frío ártico. La bahía de Kola no era un destino idóneo pasado septiembre, y Murmansk mucho menos. En Murmansk, hasta los osos polares llevaban bufanda; era imposible que existiese un lugar más frío, salvo tal vez Noril'sk.

Los hombres eran miembros de la *mafia* rusa y estaban más bien acostumbrados a pasar las noches en el interior de BMW robados. El más grandote de los dos, Mijael Vassikin, consultó su «Trox», uno de esos Rolex falsos, que llevaba bajo la manga de su abrigo de piel.

—Éste reloj de pacotilla podría congelarse —dijo al tiempo que daba unos golpecitos al dispositivo de inmersión—. Y entonces ¿qué hago con él?

—Deja ya de quejarte —lo reprendió el que se hacía llamar Kamar—. Para empezar, es culpa tuya que estemos atrapados aquí fuera y con este frío.

Vassikin se quedó pasmado.

—¿Cómo dices?

—Nuestras órdenes eran muy simples: hundir el *Fowl Star*. Lo único que tenías que hacer era volar la bodega de carga. Era un barco lo bastante grande, de eso no hay nin-

guna duda. Volar la bodega de carga y ya está: al fondo del mar, matarile, ríle... Pero no, el gran Vassikin ha tenido que volar la proa. Ni siquiera un torpedo de refuerzo para terminar el trabajo, así que ahora tenemos que buscar a los supervivientes.

—Bueno, pero el barco se ha hundido, ¿no?

Kamar se encogió de hombros.

—¿Y qué? Se ha hundido muy despacio, de modo que los pasajeros han tenido tiempo de sobra para agarrarse a algo. ¡El famoso Vassikin, con una puntería de primera! ¡Hasta mi abuela sería capaz de disparar mejor!

Lyubjin, el hombre de la *mafiya* en los muelles, se acercó antes de que la discusión acabase como el rosario de la aurora.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó el hombre de aspecto osuno, originario de Yakut.

Vassikin lanzó un escupitajo al muro del muelle.

—¿A ti que te parece?

—Habéis encontrado algo.

—Peces muertos y cajas de embalaje rotas —respondió el recién llegado al tiempo que les ofrecía a los otros dos una taza humeante—. Nada con vida. Ya han pasado más de ocho horas. Tengo a mis mejores hombres rastreándolo todo desde aquí hasta Cabo Verde.

Kamar dio un prolongado sorbo y luego escupió con gesto asqueado.

—¿Qué es esto? ¿Alquitrán?

Lyubjin se echó a reír.

—Coca-Cola caliente. De la carga del *Fowl Star*. Están saliendo a flote con las cajas. Desde luego, esta noche sí que puede decirse que estamos en la bahía de Kola, je, je.

—Te lo advierto —repuso Vassikin mientras tiraba el líquido a la nieve—. Éste tiempcito está acabando con mi paciencia, así que no quiero oír ni un solo chiste más. Ya tengo bastante con aguantar a Kamar.

—Tranquilo, que no te queda mucho —murmuró su compañero—. Un barrido más y cancelaremos la búsqueda. Nada podría sobrevivir en estas aguas durante ocho horas.

Vassikin tendió su taza vacía.

—¿No tienes algo más fuerte? ¿Un poco de vodka para combatir el frío? Sé de buena tinta que siempre tienes una botella guardada en alguna parte.

Lyubjin alargó el brazo hacia el bolsillo de su pantalón, pero se detuvo al oír unas interferencias en el *walkietalkie* que llevaba en el cinturón, tres ruiditos secos.

—Tres chasquidos. Es la señal.

—¿La señal de qué?

Lyubjin echó a correr muelle abajo, volviéndose para gritar por encima del hombro.

—Tres chasquidos por radio: ¡significa que la unidad K9 ha encontrado a alguien!

El superviviente no era ruso, un hecho que saltaba a la vista por su indumentaria. Era evidente que todo, desde el traje de diseño exclusivo hasta el abrigo de cuero, había sido adquirido en Europa occidental, puede que incluso en Estados Unidos. La ropa estaba hecha a medida y del material de más alta calidad.

Pese a que la ropa del hombre estaba relativamente intacta, no podía decirse lo mismo de su cuerpo: sus pies y manos desnudos mostraban síntomas de congelación, una pierna le colgaba de forma grotesca a partir de la rodilla y su rostro era una máscara horrenda de quemaduras.

El equipo de búsqueda lo había transportado desde un barranco situado tres *clics* al sur del puerto, en una camilla de lona improvisada. Los hombres se arremolinaron en torno a su trofeo, mientras pateaban enérgicamente para sacudirse el frío que se apoderaba de sus botas. Vassikin se abrió paso a codazos entre el grupo y se arrodilló para examinar al prisionero de cerca.

—Perderá la pierna, eso seguro —señaló—. Y también un par de dedos. Tampoco tiene buena cara.

—Gracias, doctor Mijael —comentó Kamar con aire socarrón—. ¿Lleva algún documento de identidad encima?

Vassikin llevó a cabo el típico registro de un ladrón: cartera y reloj.

—Nada. Qué raro. Se diría que un hombre tan rico como este tendría que llevar encima algunos objetos personales, ¿no os parece?

Kamar asintió.

—Sí, a mí sí me lo parece. —Se volvió hacia el grupo de hombres—. Esperaré diez segundos; luego habrá bronca. Quedaos con el dinero, pero devolvedme todo lo demás.

Los marineros vacilaron unos minutos. Aquél hombre no era muy grande, pero pertenecía a la *mafiya*, el sindicato del crimen organizado ruso.

Una cartera de piel surcó el espacio por encima de la multitud de cabezas y rebotó en una esquina de la camilla. Al cabo de unos segundos la acompañó un cronógrafo Cartier de oro con incrustaciones de diamantes, por valor de cinco años del salario medio de un ruso.

—Sabia decisión —dictaminó Kamar, recogiendo el tesoro.

—¿Y bien? —preguntó Vassikin—. ¿Nos quedamos con él?

Kamar extrajo una tarjeta Visa Platino de la billetera de piel de cabritilla y leyó el nombre que había inscrito en ella.

—Ya lo creo que nos quedamos con él... —respondió, al tiempo que activaba su teléfono móvil—. Nos lo quedamos y además vamos a taparlo con unas mantas. Con la suerte que estamos teniendo últimamente, pillaré una neumonía y, creedme, no queremos que nada malo le suceda a este hombre: es nuestro pasaporte para la gran vida.

Kamar estaba empezando a ponerse eufórico, lo cual no era nada propio de él.

Vassikin se puso de pie.

—¿A quién llamas? ¿Quién es este tipo?

Kamar marcó un número que tenía memorizado en el aparato.

—Llamo a Britva. ¿A quién crees que voy a llamar?

Vassikin palideció. Llamar al jefe era peligroso. Britva tenía fama de matar a los mensajeros que le traían malas noticias.

—Son buenas noticias, ¿verdad? ¿Lo llamas para darle una buena noticia?

Kamar le arrojó la Visa a su compañero.

—Lee eso.

Vassikin examinó la tarjeta durante varios minutos.

—No sé leer *angliskii*. ¿Qué dice aquí? ¿Cómo se llama?

Kamar se lo dijo. Una sonrisa lenta fue aflorando en los labios de Mijael.

—Haz esa llamada —dijo.

Capítulo I

LAZOS DE FAMILIA

LA PÉRDIDA de su marido tuvo un efecto devastador sobre Angeline Fowl. Se encerró para siempre en su habitación, decidida a no salir nunca al exterior y buscó refugio en los recovecos de su mente, prefiriendo los sueños del pasado a la vida real. No está claro que hubiese llegado a recuperarse algún día de no ser por el pacto que su hijo, Artemis II, hizo con la elfa Holly Canija: la cordura de su madre a cambio de la mitad del oro del rescate que le había robado a la policía de los Seres Mágicos. Con su madre plenamente recuperada, Artemis concentró toda su energía en localizar a su padre, invirtiendo grandes cantidades de la fortuna familiar en expediciones a Rusia, en servicios de inteligencia local y en empresas de búsqueda a través de Internet.

El joven Artemis había heredado doble ración de la astucia que caracterizaba al linaje de los Fowl, sin embargo, con la recuperación de su madre, una dama hermosa, íntegra y honesta, cada vez le resultaba más difícil poner en práctica sus maquiavélicos planes, conspiraciones que, por otra parte, cada vez eran más necesarias para financiar las labores de búsqueda de su padre.

Angeline, angustiada por la obsesión de su hijo adolescente y preocupada por el efecto que los dos años anterior-

res habían tenido sobre su cerebro, inscribió al chico en varias sesiones de psicoterapia con el psicólogo de la escuela.

Hay que compadecerlo, al pobre. Al psicólogo, claro está...

COLEGIO SAINT BARTLEBY'S PARA CHICOS, CONDADO DE WICKLOW, IRLANDA EN LA ACTUALIDAD

El doctor Po se recostó en el mullido sillón y recorrió con un vistazo rápido el contenido de la página que tenía ante sí.

—Y ahora, señor Fowl, hablemos, ¿de acuerdo? Artemis lanzó un profundo suspiro, apartándose un mechón de pelo negro de su frente ancha y pálida. ¿Cuándo aprendería la gente que una mente tan extraordinaria como la suya no podía ser analizada? Él mismo había leído más manuales de psicología que el propio psicólogo, y había contribuido incluso con un artículo publicado en *The Psychologists' Journal* bajo el pseudónimo de doctor F. Roy Dean Schlippe.

—Por supuesto, doctor. Hablemos de su sillón. ¿Victoriano?

Po acarició con afecto el brazo de cuero del sillón.

—Efectivamente. Es una especie de herencia familiar. Mi abuelo la adquirió en una subasta en Sotheby's. Al parecer, antes estuvo en los salones de palacio. El favorito de la reina.

Una sonrisa tirante tensó los labios de Artemis un centímetro aproximadamente.

—¿De veras, doctor? Por lo general, no suelen admitir imitaciones en el palacio.

La mano de Po sujetó con fuerza el cuero desgastado.

—¿Imitaciones, dice? Le aseguro, señor Artemis, que este sillón es completamente auténtico.

Artemis inclinó el cuerpo hacia delante para realizar un examen más minucioso.

—Es muy buena, sin duda, pero mire aquí. —La mirada de Po siguió el dedo del joven—. Fíjese en las puntadas. ¿Ve el dibujo en zigzag de la parte de arriba? Está hecho a máquina. De 1920 como mucho. Su abuelo fue víctima de una estafa, pero ¿qué importa? Un sillón es un sillón. Una posesión sin ninguna importancia, ¿no le parece, doctor?

Po se puso a garabatear en un papel con frenesí, ocultando su consternación.

—Sí, Artemis, es usted muy listo. Tal como dice su expediente. Siempre poniendo en práctica sus triquiñuelas. Y ahora, ¿podemos volver a concentrarnos en usted?

Artemis Fowl II alisó la arruga que había en sus pantalones.

—Tenemos un problema en cuanto a eso, doctor.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese problema?

—El problema es que me sé todas las respuestas del manual de psicología a cualquier pregunta que me haga.

El doctor Po pasó un minuto entero escribiendo atropelladamente en su cuaderno de notas.

—Es cierto que tenemos un problema, Artemis, pero no es el que usted apunta —respondió al fin.

Artemis estuvo a punto de sonreír. Sin duda, el doctor iba a obsequiarle de nuevo con otra de sus previsible teorías. ¿Qué trastorno tendría hoy? ¿Múltiple personalidad, tal vez, o quizá sería un mentiroso patológico?

—El problema es que no respeta a nadie lo suficiente como para tratarlo de igual a igual.

Artemis se quedó desconcertado ante aquella afirmación. Aquél doctor era más listo que los otros.

—Eso es absurdo. Admiro muchísimo a varias personas.

Po no levantó la vista de su cuaderno de notas.

—¿De veras? ¿A quién, por ejemplo?

Artemis se quedó pensativo unos instantes.

—A Albert Einstein. Sus teorías eran, en general, correctas. Y también a Arquímedes, el matemático griego.

—¿Y qué me dice de alguien a quien conozca personalmente? —Artemis se esforzó por recordar a alguien, pero no le vino nadie a la mente—. ¿Qué? ¿No se le ocurre ningún ejemplo?

Artemis se encogió de hombros.

—Parece tener todas las respuestas, doctor Po. ¿Por qué no me lo dice usted?

Po abrió una ventana de su ordenador portátil.

—Extraordinario. Cada vez que leo esto...

—Mi biografía, supongo.

—Sí, con ella se explican muchas cosas.

—¿Cómo qué? —preguntó Artemis, interesado a pesar de sí mismo.

El doctor Po imprimió una página.

—En primer lugar, está su ayudante, Mayordomo. Un guardaespaldas, según tengo entendido. Dudo que sea una compañía adecuada para un joven influenciado. Luego está su madre, una mujer maravillosa, en mi opinión, pero sin ningún tipo de control sobre su comportamiento. Y finalmente, está su padre. Según este informe, nunca fue un modelo de padre precisamente, ni siquiera cuando estaba vivo.

Aquél comentario le dolió, pero Artemis no tenía ninguna intención de dejar que el doctor adivinase hasta qué punto.

—Su informe contiene un error, doctor —le corrigió—. Mi padre está vivo. Desaparecido tal vez, pero vivo.

Po releyó el informe.

—¿De verdad? Tenía la impresión de que llevaba desaparecido casi dos años. Vaya, los tribunales lo han declarado legalmente muerto.

La voz de Artemis no transmitió ningún tipo de emoción, aunque el corazón le latía con mucha más fuerza que